





FELIPE BECERRA nació en Valdivia en 1985. Recibió en 2006 el premio Roberto Bolaño de Literatura Joven del Consejo de la Cultura de Chile, categorías Cuento y Novela. Desde 2009 forma parte de La Faunita, manada con que publica la revista *Dévora* e imprime sus propios ejemplares de poesía. En 2012 fue invitado al Festival América 2012 en Vincennes, Francia.

En 2008 publicó en Lima *Bagual*, su primera novela, que traducida como *Chiens féroces* se publicó en París durante 2011. Algunos capítulos de esta obra se publicaron en inglés en la revista *The Radgeworks* (Edimburgo, 2010). En poesía ha publicado *Pandillas 2473* (Santiago, 2010), *La Bioteca seguido de Africa Celeste* (Santiago, 2010) y fue incluido en *Réplica. Poesía chilena contemporánea (1970-1985)* (Guatemala, 2012). Actualmente escribe *Ñache*, su segunda novela, de pronta aparición en Sangría.



BAGUAL

RESERVA DE NARRATIVA CHILENA, 9

FELIPE BECERRA

BAGUAL



© Felipe Becerra
N° 236.159
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile.
ISBN: 978-956-8681-34-0

© Derechos para esta edición
2014, Sangría Editora, Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes,
Santiago de Chile; www.sangriaeditora.com, sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoa-
mericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones
de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida
coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos
criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Martín Centeno, Carlos Labbé y Mónica Ríos.
Diagramó el libro Carlos Labbé.
El diseño de colección y de la cubierta fue realizado por Joaquín Cociña.

Esta edición se terminó de imprimir en 2014
en Santiago de Chile.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso
privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas
una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

Bagual.....11

**Una novela contra el realismo
consensual. Epílogo**

Mónica Ríos.....159

Epílogo

Sergio Rojas.....167



*Madre, a mis 22 años
este rosario de sueños
que ya de sobra conoces.*



Volverse loco es como no haber nacido
Oswaldo Lamborghini



I

No podemos seguir así, mamá, no podemos. Hace tanto frío aquí en la sombra, en este torbellino negro. Todo silba como doliéndonos, mami, así que déjanos contarles tu historia. Déjanos librnos de toda esta joroba, por favor, si no le hacemos mal a nadie. No podemos seguir así. Los amigos quieren escuchar tu historia. No te hará daño que les confesemos lo que te pasó. Y a nosotros nos va a hacer muy bien. Vas a ver, mami, ya no vamos a llorar más, ya no vamos a rasguñarte por las noches ni vamos a machacar tu cabeza como queriendo que te abras de par en par. Vas a ver que no nos vamos a portar así tan chúcaros, vas a ver. Ya, ya. Sólo déjanos mostrarles tu vida, déjanos limpiar nuestros cuerpitos blancos, mami. Sólo eso, nada más. Les vamos a cantar unos cantos, amigos. Una historia de nuestra mamá Rocío. Ahí está ella, ahí, mirando medio escondida por entre las cortinas hacia afuera. Ustedes no saben, por eso se los decimos: este año es el año de 1980 y este pueblo es el pueblo de Huara. Éste, amigos, éste es el

desierto de Chile. Nosotros no vivimos aquí, nosotros no vivimos en ningún pueblo ni en ningún desierto. Pero desde aquí podemos contarles de todo, porque desde aquí todo lo vemos. Nuestros ojitos empañados nunca se cierran. Por eso canturreamos esta aventura, para cerrar los ojos y poder dormir un rato largo. Pero no estamos haciendo lo que deberíamos hacer. Discúlpennos, es que no estamos acostumbrados. Mírenla, si transpira como animal la pobre. Hay ochenta y tantos grados de temperatura. Todavía no se adapta al calor de este pueblucho tan polvoriento. Ha estado mirando durante más de una hora por entre las cortinas a ver si pasa alguien por la calle de tierra. Pero nada, no pasa nadie bajo este sol feroz. Ahora ella mira hacia arriba, el cielo es de un azul tan luminoso que le hace cerrar los ojos. A nosotros no nos gusta esta casa. Tiene el mismo color chillón del cielo y su patio trasero son kilómetros y kilómetros de arena. Es una de las mejores casas del pueblo, seguro que sí, pero a nosotros no nos gusta esta casa. Tampoco nos gusta Carlos, el esposo de la mami, el esposo de Rocío. Él no es nuestro papá, nosotros no tenemos ningún papá, eso no, porque somos hijos solamente de una mujer, así como pasó con la mamá de Cristo Jesús. Por culpa de Carlos ella tuvo que venirse a este pueblo tan seco. Él es teniente carabinero, lo trasladaron desde Valparaíso. Ellos se conocieron allá, pero

ahora viven en este rincón, rodeados de puras piedras. Preferíamos cuando Rocío vivía en el puerto. Nos gustaba el mar y la arena húmeda y que ella fuera a la universidad. Porque ustedes no saben pero Rocío iba a la universidad, ella estudiaba para ser doctora y sanar a la gente. ¿Ya ven que la mamá es buena? Aunque a veces con ella nos portamos medio malos. Y ella sigue mirando por la ventana. Vemos ahí algunas cajas todavía sin desembalar desparramadas por ese pequeño comedor. Una mosca verde que chapotea en el charco de mantequilla derretida. Un canasto de ropa sucia que se ha dado vuelta. Un mediodía seco por donde se mire. A Rocío se le ha caído ese canasto y toda la ropa sucia está tirada por el suelo. ¡Es que acaba de ver pasar a alguien! Una vieja vestida entera de negro con medias negras y arrugadas. Aunque tal vez haya sido el calor. O capaz que su cabecita lo haya imaginado. Carlos Molina trabaja todo el día, por eso nuestra mamá está sola sola. Nosotros podríamos estar ahora con ella un rato, pero tenemos que contarles esta historia, amigos, para quedar más limpiecitos y poder dormir y cerrar los ojos por harto tiempo. Eso es lo que queremos. Además a Rocío no le gusta tanto que le hagamos compañía. A veces se pone a llorar porque le dolemos un montón. A nosotros también nos duele el pechito y el cogote. Por eso les hablamos de todo esto, para que así ya nadie se ten-

ga que sobar los moretones tan huacho en este remolino de pura sombra y mugre. Rocío iba a la universidad, ya se los dijimos. Hace dos años, eso sí que lo recordamos bien. Hay cosas que se nos olvidan, pero eso sí que nunca se nos va a arrancar. Rocío ingresó a la universidad, a esa universidad de Playancha, hace dos años, cuando todavía no nos conocía. Nosotros, desde aquí, ya podíamos verla, porque desde aquí podemos ver muchas más cosas que ustedes allá abajo. Pero ella no, ella todavía no nos conocía. Desde un comienzo la cosa anduvo muy mala para Rocío. Ella entonces tenía un pololo, un cadete marino que a veces la visitaba vestido con su traje oscuro y gorra blanca. Nosotros lo vimos vestido así. Era tonto, no nos gustaba. No nos gustaba además porque ya sabíamos lo que iba a pasar. A ese cadete marino lo habían trasladado a Coquimbo. En otoño, en otoño o en el invierno de ese año la visitó. Vino con su traje ridículo y su pelo rapado desde el norte hasta Valparaíso y visitó a nuestra mamá. Esa tarde él le pidió matrimonio porque quería casarse con ella. Pero Rocío le contestó que prefería estudiar mucho, que ella deseaba ser la doctora de todos los niños y de todos los viejos también. No casarse, no. Menos tan joven y con un tonto como él. Nosotros ya lo sabíamos, por eso no nos gustaba el cadete marino ese. Ustedes todavía no lo saben, así que les confesamos lo que pasó

para que se vayan enterando. En ese momento, cuando Rocío le dijo que no, él se enfureció casi tanto como cuando nosotros nos enfurecemos. Se puso rojo y morado y le gritó un millón de palabras groseras. Le gritó, por ejemplo, que se había empiluchado con una mujer muy fea allá en Coquimbo. Nosotros hemos visto a esa mujer y es horrible, amigos, horrible como un monstruo. Y un día se lo dijimos a Rocío, pero ella nada más lloraba cuando le hablábamos de esas cosas. Nuestra madre era una chiquilla recién, una niña casi. Por eso le dolió que el cadete marino la traicionara de esa manera. La vida de Rocío no ha sido fácil, así que se la cantamos a ustedes, aunque se nos retuerza la lengua, para que las cosas terminen de una vez por todas y como sea. A ese tipo nunca nadie lo volvió a ver. Rocío lloró algunos días y algunas noches y por un tiempo no quiso conocer a nadie. Al menos en la universidad, esa de Playancha, le ponían buenas notas. La mamá es muy inteligente, más inteligente que nosotros, aunque a veces le digamos que es la mujer más estúpida del mundo. Si nos escuchan decir esas cosas, no nos crean, eso no es verdad. No. Ella es inteligente y se sacaba las mejores notas. Pero su vida de todas maneras se fue oscureciendo, como si al mismo tiempo se le escapara el sol y las estrellas y la luna. Fue por las autopsias, pobre mami. Las autopsias fueron las que infectaron sus días y sus

noches, repletando todo con esa hediondez a formol que a veces el viento nos apelo-tona en las narices. Aunque en realidad las autopsias no le causaron problemas. Ellas solas no. El declive (así lo bautizó ella, pobrecita) partió más tarde, hermanos, aquel día en que las cabezas desaparecieron. Ahí sí que la cosa se nos pudrió. Ahí sí que todo se puso de noche negra negra y comenzó la fiebre de verdad. Ese día fuimos concebidos todos nosotros, el día ese en que las cabezas desaparecieron. Esa vez el Tatita Dios se equivocó. Al Tatita se le debe haber escapado esa mañana de invierno algún ángel medio trunco. Y ese ángel debe haber hecho una maldad muy grande para que pasara esto que pasó. Pero esa mañana rara, amigos, no fue tan rara desde el principio. Todo había pasado como cualquier otro día de clases en esa universidad a la que iba Rocío. Lo malo empezó cuando a ella y a su curso les tocó la clase del estudio de los cuerpos. Llegaron a la sala y sus trabajos no estaban. Sus cabezas, sus cabezas bien tajeadas y cocidas con hilo no estaban, habían desaparecido. Y no vayan a creer que la desaparición de cincuenta y tantas cabezas es una cuestión así nomás. No, amigos, nada que ver, nada que ver. El mismito hecho de que cincuenta y tantas cabezas hayan desaparecido era algo de lo más cochino, algo para poner un grito y hasta la boca entera por el cielo. Se imaginarán que las molleritas esas nos descascaran la piel

cada vez que Rocío recuerda el episodio. Cada vez que sueña con los muertos, o se le aparecen, tan feúchos ellos con su cara ya café de tan sin sangre que están, a nosotros nos arde y nos duele el cuerpo por todas partes. Pero también nos amamantan. Nos dejan rebotando con fuerza entre nosotros, nerviosos, locos así como los pescados en la arena. La cosa es que la emoción fue dura. Rocío, desde que se dio cuenta de la ausencia de esos trabajos con sus costuras en los carachos, sospechó el declive, como le dice ella; la podredumbre, como le decimos nosotros. Y así como una animita se quedó, ahí mismo, con la quietud de una estatua ante la puerta. Nadie sabía qué cosa hacer. Entonces un tipo musculoso se adelantó a todos. Dijo: deben estar en piletas de formaldehído. No sabemos lo que significa, pero así lo dijo: piletas de formaldehído. Todos lo siguieron, adentrándose por esos pasillos estrechos, tan estrechos que cada uno tuvo que avanzar casi pisándole las patas al que iba delante suyo. Nosotros nos reímos mucho, por eso nos gusta contar esta parte de la historia. A ver si ustedes también se ríen un rato aunque sus ojos no lo hayan visto como lo hicieron estos ojitos empañados. Iban entonces todos esos estudiantes avanzando rápido y en fila por aquellos pasadizos angostísimos, así que cuando alguien frenaba bruscamente, la cola de compañeros que lo seguía se agolpaba, como si todos

estuvieran actuando en una película chistosa. ¡Ay, qué risa, qué risa nos da! Y es muy cierto, amigos, que para nosotros esos estudiantes de doctor, caminando medio espirituados con sus delantalitos blancos por entre los corredores, más que tonis o payasos parecían una familia de gansos camino al matadero. ¡Ay ay ay, qué risa! El mundo de la madre es como un chiste rarísimo, ¿cierto? Pero ese chiste también es de dolor y de locura y de un miedo que no se aguanta. Lo que sigue, por ejemplo, no tiene un pichintún de chacota. Ya se lo tienen advertido nomás. Y no vayan a decir que no se lo dijimos.

II

09:17 hrs. Se presenta PEDRO CHUAQUI SALINAS, sesenta y cuatro años, cesante, camino a Chusmisa (sin número), RUT XX.XXX-X, denunciando la desaparición de tres gallinas ponedoras, posiblemente sustraídas por su vecino ZAPATA (desconoce más detalles). Tras un par de minutos relatando lo que ha sido su vida y cómo ya no le quedan papas ni tomates para vender, se retira.

El retén en donde trabaja Carlos se ubica al costado de la Ruta Altiplánica de Integración, la cual pretende afianzar el nexo entre los pueblos andinos de Chile, Bolivia y Perú. Tal ruta atraviesa el desierto unos cuantos kilómetros al sur de Huara. El destacamento, que no abarca más de 40 m², consta de una sala de guardia y una habitación de descanso; el baño se sitúa en la parte posterior. A un lado de éste se encuentra el estacionamiento de concreto, el cual ha sido cubierto por una

techumbre de paja y se mantiene hasta el día de hoy sin haber sido utilizado jamás.

16:38 hrs. Se presenta nuevamente PEDRO CHUAQUI SALINAS, sesenta y cuatro años, cesante, camino a Chusmisa sin número, RUT XX.XXX-X, explicando entre jadeos, que sus gallinas han sido muertas por los perros. El señor Chuaqui manifiesta, además, que no sabe qué van a comer en su casa. Mientras anoto su declaración, desaparece.

El estacionamiento de concreto no ha sostenido nunca el peso de un automóvil. Pero sí el de Molina y su silla de mimbre. Cada tarde, tras la colación, él se instala a la sombra de aquella techumbre artesanal a contemplar el peladero, fumar y quizás tomarse una cerveza tibia.

Carlos Molina es teniente de Carabineros de Chile y ha sido recientemente trasladado a la comuna de Huara. Desempeña su labor en el retén durante el primer servicio, esto es, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. El Retén Huara cuenta entre sus filas, además, con el subteniente Gustavo Fernández, quien ejerce su deber durante el segundo servicio.

Básicamente, la función de Molina se reduce a registrar en el libro de guardia todo lo que acontece a lo

largo de las horas que dura su turno. Pero lo cierto es que durante ese período poco y nada ocurre dentro del retén. Por otro lado, en las varias semanas que lleva de servicio, no ha vuelto a ver a su superior, el capitán Espinoza, desde aquella vez en que le describió los pormenores de su misión en el destacamento. Sin mencionar, además, la cantidad de viejos libros de guardia apilados en la pieza de descanso.

Por todo esto, entonces, el teniente Molina ha razonado que tales libros de guardia jamás serán enviados, como se procedería regularmente, al Instituto Nacional de Estadísticas. Que jamás será controlado por algún superior. Que jamás sucederá nada de real envergadura entre las cuatro paredes de ese cuartucho sofocante. Y en consecuencia, hace sólo un par de horas, ha tomado la significativa decisión de condimentar aquellos registros con aportes de su propia pluma.

De otra manera el teniente moriría de aburrimiento. En el retén no hay televisor. Sólo hay una radio que sintoniza las emisiones locales y una foto enorme en la que se aprecia la figura –postura impávida, semblante resuelto, admirando un extraordinario futuro– del Presidente de la República. Muy pocas veces llega alguien a denunciar alguna cosa y los automóviles que utilizan la ruta son escasos, si es que no inexistentes. En una jornada afortunada, se asoma por ahí algún animal.

Así, cada tarde, cuando ya no hay más que anotar, Molina lleva su silla hasta el estacionamiento de concreto y se sienta bajo la sombra. Afloja el nudo de su corbata. Se quita la gorra y seca el sudor de su frente. Enciende un cigarro. Cierra los ojos

el silencio se lo traga. A veces duerme, pero nunca sueña. O tal vez sueña con piedras y más piedras que terminan en nada, con el viento y el polvo trepando por su piel, en fin, con el mismo desierto que lo rodea.

III

A las tres de la mañana Rocío despertó pensando que una araña caminaba sobre su cara. Se pasó las manos repetidas veces por la nariz, la boca, restregó sus ojos, pero no fue capaz de olvidar el asunto y volver a dormir. Entonces se levantó.

A esas horas de la madrugada aún no daban la electricidad en el poblado. Rocío encendió la vela de la cómoda y miró a Carlos durmiendo. Roncaba de una manera extraña, suspirando. Al principio, esos ronquidos la asustaban un poco, le parecían síntomas de una especie de enfermedad siquiátrica. Pero ahora no. Ahora, observándolo de pie desde la puerta de la pieza con aquel pequeño candelabro en la mano, los ronquidos no le daban miedo, incluso les tenía cariño, un cariño como el que se puede sentir por un perro de dos o tres patas.

Luego salió de la habitación. Se dirigió a la cocina sin hacer ruido. Sabía que no podría dormirse de nuevo, así es que decidió prepararse algo para comer. Abrió el refrigerador, sacó mantequilla, queso de cabra

y leche. No tenía sueño, sólo le preocupaba qué haría durante el resto de la noche. En el pueblo daban la electricidad a las seis de la mañana por lo que no podría ni siquiera escuchar radio. Tampoco podía leer alguna revista porque no tenían ninguna en casa. Mientras untaba mantequilla sobre el pan, pensó en la posibilidad de despertar a Carlos y tener un poco de sexo. Pero la descartó. No quería interrumpir el sueño de su marido que debía levantarse temprano. Enseguida se le ocurrió dar un paseo por el pueblo. No dejaba de provocarle algo de miedo salir sola a esas horas, pero decidió hacerlo a pesar de todo.

Bebía lentamente su leche, sentada en la mesa de cocina, cuando sintió que algo pasaba por sobre sus pies descalzos. Se paró en un solo movimiento e iluminó el suelo con la vela. Era una araña negra, brillante, que caminaba rápidamente zigzagueando por las baldosas. Rocío la siguió con la vista hasta que se escondió bajo el refrigerador. El bicho, o su movimiento, más bien, le dio asco y tiró la leche en el lavaplatos.

Volvió a su pieza para vestirse. Al subir el cierre de sus jeans ajustados, oyó o creyó oír algunos ruidos fuera de la casa. Miró por la ventana de la habitación, pero no se distinguía nada en la oscuridad del patio trasero. Atribuyó aquellos sonidos al malestar que le provocó la araña. Seguía sintiendo las patitas filudas del bicho

pasar por el dorso de sus pies, el sabor de la leche seguía en su boca y ese sabor le repugnaba.

Continuaba vistiéndose cuando pensó en que los últimos días habían sido muy aburridos para ella. Terminaba sus quehaceres domésticos a mediodía y no tenía nada que hacer hasta que llegara Carlos, cerca de las siete de la tarde. Era bastante tiempo. Tuvo entonces la idea de que él mismo podría enseñarle a manejar. El SEAT 133 celeste permanecía estacionado frente a su casa desde que llegaron a Huara y no le vendría nada de mal que de vez en cuando lo hicieran andar. Así ella podría recorrer el pueblo, salir del encierro, entretenerse un poco. Pero eso se lo diría mañana. Ahora iba a caminar un rato entre las calles oscuras.

Tras anudar los cordones de sus zapatillas, observó a su esposo. Se había vuelto de lado y ya no roncaba. Parecía inquieto. Sus párpados hacían una suerte de tic nervioso. Rocío se dijo que no sería bueno despertarlo, que no era necesario. En vez de eso, se acercó a él y lo besó en la boca. Después se dirigió a la puerta de entrada.

Apenas salió de la pieza sintió un crujir bajo la suela de su zapatilla. Dejó el pequeño candelabro sobre el piso y revisó. Era otra araña, igual a la que vio en la cocina. Le volvió la sensación de asco, ahora con el sabor del queso de cabra. Por un momento renunció a la idea de caminar por las calles, pero el panorama

que significaba quedarse en casa despierta por lo que quedaba de noche la hizo recapacitar.

Había pisado más de tres arañas cuando escuchó, claramente esta vez, ciertos ruidos afuera, en el patio anterior. Aunque sintió miedo, mucho miedo, apresuró de todas formas sus pasos y abrió la puerta de entrada. Entonces, agachadas o encorvadas alrededor del basurero, vio un par de familias autóctonas, hombres viejos con trajes empolvados y roídos, mujeres también viejas cargando niños que parecían bestias sobre sus espaldas, la mayoría de piel tan dura y brillante que se reflejaba la luz de la luna en sus mejillas. Por un segundo, todo se quedó inmóvil. Como si fuera una foto, los lugareños se petrificaron con los brazos hasta el codo en la basura, comiendo restos de alimento rancio, otros peleándose por un par de zapatos rotos, cada uno de ellos mirándola fijamente, con sus ojos grandes y redondos como de carbón. Pasado ese breve momento, las familias se escabulleron con rapidez y lograron camuflarse entre la oscuridad de los callejones, dejando a sus espaldas toda esa basura repartida por el patio de los Molina.

Rocío en ese instante palpó una soledad perfecta, absoluta. Cerró la puerta de un portazo y se mantuvo espionando por la ventana. Durante toda esa noche no dejó de sacudir arañas de su cuerpo. Amaneció con rasguños en sus propias manos, en su cuello, en las sienas.

Al despertar, su esposo la encontró así, durmiendo en una silla, con la cabeza inclinada sobre el pecho y con los brazos como si intentara abrazarse a sí misma.



IV

14:22 hrs. Yo, CARLOS ADRIÁN MOLINA GONZÁLEZ, veinticinco años, teniente de Carabineros de Chile en servicio, callejón Riquelme n° 2, RUT XX.XXX-X, acabo de almorzar lentejas con mote. Eché de menos un poco más de zapallo y ají, pero estaban buenas de todos modos. Que la cerveza esté tibia ya no me molesta para nada. Hasta el minuto, la guardia se mantiene sin novedad.

Esta mañana, mientras nuestro teniente tomaba su café en el patio trasero de la casa, su mujer le habló desde la ventana del baño.

—Carlos —dijo—, quiero que me enseñes a andar en auto.

Rocío estaba completamente desnuda.

15:31 hrs. Ha comenzado a correr un viento fuerte. Una corriente de aire dejó cubierto de polvo el piso del destacamento. He decidido tomar la escoba y barrer.

Molina ya estaba uniformado. Se volteó y la miró con sus ojos morenos por sobre la taza de café. Con la mano que mantuvo en el bolsillo comenzó a manosearse. Roció, entonces, sonrió. Luego cerró la ventana.

15:49 hrs. En este minuto salgo con mi silla de mimbre a sentarme sobre el estacionamiento.

Desde la tierra seca del patio trasero de la casa fiscal, Molina podía escuchar el sonido de la ducha. Pensó en la posibilidad de que, en ese preciso momento, aquel sonido de la ducha fuera el único que se produjese en kilómetros. Pensó, además, en que nadie se preocuparía de registrarlo. Lamentó sinceramente no tener consigo el libro de guardia.

16:42 hrs. Vuelvo a ingresar al retén en busca de más cigarrillos. Noto que nuevamente la ventolera ha cubierto de polvo el suelo y todo lo demás. Esta vez decido no barrer ninguna cosa.

Acabó con su café y siguió escuchando el agua de la ducha. Dijo: Eeee. Y luego: Aaaa. En seguida tiró la taza lo más lejos que pudo. Pensó: estas cuatro han sido las únicas perturbaciones sufridas por esta quietud en muchos kilómetros a la redonda. Entonces lamentó aún más no haber registrado tales fenómenos.

Recién en el camión militar que lo lleva cada mañana a su trabajo, cuando ya se encuentra junto a los conscriptos adolescentes, Molina toma en cuenta las palabras que Rocío le dijo antes de ducharse

Carlos, quiero que me enseñes a andar en auto. La mañana está fría. Entre los tumbos y vaivenes del camión, Molina intenta ajustar los botones de su chaqueta verde. Nota que el de más abajo está descosido, colgando de un solo hilo, pero no le interesa. Prefiere pensar en la exigencia de su mujer.

17:23 hrs. Esta mañana Rocío me ha pedido que le enseñe a conducir. No sé por qué, pero la idea me da un poco de nervios. En todo caso, el fin de semana lo dedicaremos a eso. Quizás así pueda distraerse un poco.

Antes de esto, además, me ha comentado que durante la noche vio muchas arañas y algunos lugareños hurgueteando

en nuestra basura. Lo de las arañas lo verifiqué yo mismo esta mañana, aunque no eran tantas como ella decía. En cuanto a lo de las personas en nuestra basura, no sé qué pensar. Yo creo que probablemente fueron animales. Dios quiera que a Rocío no le vuelvan sus pesadillas.